

Menta y hierbabuena

Yo, que siempre fui pequeña, apenas levantaba unos palmos del suelo y ya me gustaba sentarme a esperar a mi padre sentada en aquel caballón. Mi abuela había plantado allí menta y hierbabuena y yo me entretenía observando cómo los bichitos correteaban por los tallos. Además, desde allí podía observar la entrada del puerto.

Cuando el desvencijado barco en el que faenaba mi padre entraba por aquella apertura, la inconfundible bocina me hacía ponerme nerviosa. Sabía que pronto llegaría para hacerme cosquillas, traerme conchas bonitas o regalarme algún erizo. Entonces era cuando yo pellizcaba la menta y la hierbabuena y, cogiendo dos hojas pequeñas, las frotaba por mi cuello y mis brazos suavemente mientras observaba desde mi atalaya como padre y sus compañeros iban apañando la pesca. Para cuando llegaba, yo olía a verde y a fresco, y él me hacía reír frotando su barba contra mi tripa.

Una noche después del trabajo, padre llegó alegre. Su patrón cambiaba de barco y aunque le daba pena por el viejo “Lucero”, el nuevo “Bright Star” era más potente, arrastraba más red con menos esfuerzo y les ayudaba con un brazo hidráulico y unas cadenas que iban a hacer que padre no tuviese más heridas en las manos nunca más.

En poco tiempo me acostumbré al sonido de la nueva bocina, mucho más ronca y potente y mi padre se acostumbró a unas capturas cada vez más abundantes. Yo no sabía

qué había pasado, pero parece que padre trabajaba bien y había capturas de sobra, así que padre empezó a pasar temporadas cada vez más largas en alta mar.

A mí me apenaba no poder esperarle en el acirate donde la hierbabuena ahora crecía descontrolada.

Me enfadé con él, y casi como si fuese un castigo, dejé de pellizcar la menta y empecé a cambiársela a los compañeros de clase por algunas monedas de la paga. Así, ellos podían sentir ese agradable picor en la boca y el profesor nunca les pillaba masticando nada y yo, despechada, no sé si por Edipo, Electra o el Bright Star, comencé a gastarme los durillos que iba juntando durante la semana en grandes bolsas de chucherías que, aunque me dejaban sin hambre, no saciaban el vacío que notaba en el estómago.

Y lentamente, ramillete a ramillete, fui pelando el acirate que antes decoraba la entrada de casa. A la vuelta del mar, después de casi un mes, padre se dio cuenta de que sólo había allí tierra yerma. Y así, me quede yo sin hierbabuena, sin menta, sin duros y sin cosquillas.

Y padre se quedó sin peces. Apenas transcurrió una década desde que los grandes barcos de arrastre llegaron al puerto, y las capturas comenzaron a descender peligrosamente. Los pescadores más espabilados reducían el tamaño de las redes y sus mujeres, viendo que flojeaba el mar, retomaron el marisqueo que tantas veces habían hecho sus madres.

Al final, ni hierbabuena, ni peces, ni marisco, ni duros. Las redes robaron al mar más de lo que este podía dar, la codicia acabó con la menta y el marisco era incapaz de llenar los huecos dejados por los mariscadores.

El pueblo, antes vivo, poco a poco fue perdiendo marineros que, desorientados, tentaban a la suerte en la ciudad. Sin otra alternativa, nosotros también marchamos. En la ciudad descubrí que todo tenía etiqueta de precio y que los parques, por muy parques que fuesen, siempre olían a tubo de escape.

Padre entró a una fábrica donde le robaron el brillo de los ojos y el moreno de la piel y cuando madre enfermó creo que los dos empezaron a morir un poco. Fue su último deseo un sepelio en el pueblo. Triste fue ver morir a madre enferma, pero más triste fue ver morir a padre. La pena es una enfermedad cuya única medicina es el tiempo. Yo agregué el espacio a la ecuación y puse tierra de por medio. En el pueblo tenía una casa, pequeña pero digna y mis recuerdos eran bellos.

No lloré en el funeral, porque aparentar ser fuerte es serlo un poco, pero cuando volvía a casa y vi el acirate rebotante de menta no hubo consuelo. Las lecciones más profundas de la vida suelen tener humildes maestros. Lloré y abracé aquellas hierbas primorosamente. Miré a mí alrededor. No sé cuánto tiempo estuve allí sentada, pero el sol calló despacio y sólo el frío me invitó a entrar a casa.

Aquí había paz, descanso, sosiego, y un brillo del cielo que me recordaba los ojos aguamarina de mi padre. ¿Por qué nos tuvimos que marchar? Tal vez habría que guardar

energías bajo tierra como aquellas matas para resurgir de nuevo cuando el tiempo lo permitiese. Tal vez este era el momento.

Cuando abrí el albergue, nadie en el pueblo confiaba en él, pero tal vez sucedió lo más natural. Los hijos del mar, criados en la ciudad, tarde o temprano, sintieron la necesidad de recuperar por un momento el brillo del mar y el olor a sal. Y los hijos de sus hijos aprendieron el marisqueo, incluso a pescar, sabiendo que quien lo roba todo no encuentra más al regresar, pero quien pide prestado siempre torna y encuentra más.